

“La Iglesia doméstica como un monasterio doméstico”
Homilía para la misa del Domingo de Pascua
Catedral Santa María de la Asunción
12 de abril de 2020

Su Excia. Revma. Mons. Salvatore J. Cordileone

Introducción

Los historiadores de la Iglesia nos dicen que, en los primeros siglos de la Iglesia, cuando los cristianos buscaban una vida más perfecta en Cristo, huían a los desiertos de Egipto para buscarla en la soledad. Este fue el comienzo del movimiento del monacato cristiano. Durante el tiempo de Cuaresma, era costumbre que los monjes se retiraran individualmente lejos del monasterio en el desierto y vivieran como ermitaños, permaneciendo allí hasta el Domingo de Ramos, cuando se reunían en comunidad para celebrar la Semana Santa. Esto significa que pasaban prácticamente todo el tiempo de Cuaresma sin recibir los sacramentos, incluyendo la Eucaristía, ya que en las primeras comunidades monásticas los monjes no eran sacerdotes ordenados.

La antigua práctica de estos monjes egipcios tiene un paralelo evocador con lo que estamos experimentando ahora, en nuestro propio tiempo. La gente se refugia en el lugar, se queda en casa, y por ello tampoco tienen acceso a la Sagrada Eucaristía. No dejemos que se nos pierda la oportunidad de esta necesaria disciplina debido a la actual pandemia. Hemos estado escuchando desde hace algún tiempo el declive de la fe entre los católicos en la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía, con encuestas que revelan que sólo una minoría entiende y adhiere a esta verdad básica de la fe. ¿Tal vez Dios permite esta privación para renovar a su Iglesia en las verdades que nos ha revelado a través de su Hijo crucificado y resucitado? ¿Tal vez Dios nos esté enviando esta pandemia en este momento para que cada familia pueda convertirse en una comunidad monástica?

El principio monástico

A primera vista, esa última propuesta puede parecer una idea absurda, pero en realidad se remonta a los primeros siglos de la Iglesia. San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla del siglo IV y gran padre de la Iglesia Oriental, fue tan audaz como para decir que todas las personas casadas deben ser al mismo tiempo buenos monjes. ¿De qué estaba hablando?

El monacato es simplemente la forma radical de vivir las mismas promesas bautismales y el compromiso hecho por todos los bautizados. “Radical” significa “raíz”: el punto de la vocación monástica es llegar hasta la raíz, o lo básico, de nuestra fe y el significado de nuestro bautismo. Esta es otra cosa de la que estamos privados este año, y que algunos de nosotros sentimos muy agudamente, es decir, no poder celebrar los sacramentos de la iniciación para el pueblo de Dios. Normalmente es el comienzo de la “temporada de Confirmaciones” para las parroquias (¡y los obispos!), y el bautismo se asocia especialmente a la Pascua, ya que significa la muerte del creyente con el Señor al morir al pecado, y así resucitar con él a una nueva vida. El antiguo ritual del bautismo, ahora revivido en muchas parroquias, lo demostraba de manera sorprendente por inmersión: el catecúmeno era llevado a la fuente de inmersión tres escalones

más abajo para significar los tres días que Cristo estuvo en la tumba; luego se sumergía en el agua tres veces, una por cada persona de la Trinidad, lo cual significaba ser enterrado y morir con Cristo (cerrando los ojos y conteniendo la respiración, lo que recuerda a la muerte); y luego se levantaba de la fuente y se revestía con una vestimenta blanca para significar la resurrección con Cristo y el revestirse del nuevo hombre que es Jesucristo, después de lavar la vieja vida de pecado.

El monacato se centra en este compromiso bautismal de la vida en Cristo, enfocado en lo que es verdaderamente esencial para nuestro destino final. Los grandes maestros espirituales monásticos dirían que, para la salvación eterna, es esencial que todos los cristianos “piensen en su muerte y juicio unos minutos cada día”. Mientras el mundo busca protegerse de esta pandemia, la pregunta central ha sido, en efecto, “¿qué es esencial y qué no?”. Los funcionarios del gobierno están tomando decisiones críticas sobre cuáles servicios son esenciales para proveer a la gente las necesidades básicas de la vida y cuáles no, en aras de nuestra propia protección. Como personas de fe, este es un momento para que nos enfoquemos en lo que es verdaderamente esencial para la vida, en el nivel más profundo, en el nivel que lleva a la salvación eterna. Esta es precisamente la pregunta que guía al monje en cada momento de su vida.

La Iglesia doméstica

A través de la actual pandemia el mundo entero se ha vuelto en cierto sentido monástico, y providencialmente, comenzó durante el corazón mismo del tiempo de la Iglesia cuando los católicos adoptan tradicionalmente, de diversas maneras, disciplinas monásticas, como el ayuno y otros actos de penitencia, el arrepentimiento, el perdón, una oración más intensiva y obras de caridad practicadas de forma más intencional. Esta convergencia de sucesos nos da una oportunidad primordial para vivir la visión de San Juan Crisóstomo y la de otros padres de la Iglesia primitiva, que instaban a que cada hogar se convirtiera en una iglesia doméstica. Este antiguo principio fue resaltado una vez más por el Concilio Vaticano II, y la Iglesia lo ha estado enfatizando desde entonces. “Iglesia doméstica” significa que los elementos que marcan la vida de la Iglesia también marcan la vida y el carácter de un hogar. Estas marcas son, de nuevo, intrínsecamente monásticas: oración, lectura de las Escrituras, meditación, tiempo de silencio, sentido de comunidad, amor deferente, humildad y moderación en todas las cosas. Pero ¿cómo hacemos realidad esta visión para nosotros mismos?

La segunda lectura de nuestra misa de hoy es la clásica lectura de la epístola asociada con el Domingo de Pascua desde la antigüedad, de la primera carta de San Pablo a los Corintios. En ella él utiliza una imagen muy bíblica para enseñar una lección muy poderosa: purificarse de la vieja levadura. Esto es claramente una referencia al ritual de la Pascua, tan apropiado para la Pascua, la Pascua Cristiana, cuando Cristo pasa de la muerte a la vida. La Pascua judía, por supuesto, conmemora su paso de la esclavitud de Egipto a la libertad de la Tierra Prometida, esa noche en la que el ángel de la muerte pasó por alto las casas de los judíos, de quienes los postes de las puertas estaban marcados con la sangre del cordero. Recuerden la instrucción que Dios les dio esa noche, aún recreada en la comida del Séder: tenían que comer pan sin levadura porque salían de Egipto a toda prisa. La comida del Séder incluye hierbas amargas, para recordarles los amargos siglos de esclavitud en Egipto. La levadura en la Biblia se asocia con la amargura de la esclavitud en Egipto, por lo que llegó a simbolizar la corrupción, la profanación y el pecado. La

imagen, entonces, es una imagen de purificación, despejando lo viejo, para hacer espacio para lo nuevo. En el ciclo anual de la vida doméstica en los tiempos modernos podría ser algo parecido a la limpieza de primavera.

En el caso de la situación en Corinto, San Pablo tuvo que abordar una situación de graves inmoralidades, como dice unos versículos antes de que comience nuestro pasaje, “como no se encuentran ni siquiera entre los paganos”. Así como un poco de levadura afecta a todo el lote de masa haciéndolo leudar, un poco de vicio corrompe a toda la comunidad. Está recordando aquí su identidad judía: la purificación. Les está diciendo que purguen su comunidad de toda la contaminación y el pecado. Dice que se han convertido en ácidos: es decir, hechos puros a través de las aguas salvadoras del bautismo. Como él dice, la levadura representa la malicia y la maldad, y el pan ácimo la sinceridad y la verdad. El que es sincero y veraz es el que puede alegrarse de que nuestro Cordero Pascual, Cristo, haya sido sacrificado.

¿A qué se parece esto en la práctica? Nos dirigimos, como siempre, a los monjes para que nos guíen. Imitando las características de la vida monástica podemos purificarnos de esa vieja levadura, renovando así la vida de la iglesia doméstica en nuestras propias casas, y renovando también un verdadero aprecio de la constante presencia de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Sí, la Sagrada Eucaristía está en el centro de la vida católica. Sin embargo, esto no significa que para que la Iglesia florezca, la Santa Comunión debe estar disponible tan fácil y frecuentemente como sea posible. Si esto fuera todo, se arriesgaría a ver la Sagrada Comunión como algo que “recibo”, lo cual, me temo, es una actitud que se está filtrando en las mentes de muchos católicos. El antiguo monacato cristiano nos enseña algo muy diferente: La Santa Comunión es algo por lo que uno debe esforzarse en ser digno. Esos monjes se privaban de los sacramentos para intensificar su aprecio y anhelo por ellos, y para prepararse para participar dignamente. Aquí también vemos las mismas virtudes en juego que en el santo matrimonio: los cónyuges deben siempre esforzarse por probarse a sí mismos dignos de la confianza y la fidelidad de su cónyuge.

Esas mismas virtudes que son encarnadas y vividas por los monjes con un enfoque exclusivo e intenso, son también las virtudes que construyen la iglesia doméstica y por lo tanto llevan a la paz, la armonía y el florecimiento humano en el hogar. ¿Tenemos la actitud del pan ácimo de la sinceridad y la verdad? Todos deberían preguntarse cuál es su actitud en este momento, en esta situación, sin la posibilidad de asistir a la misa en persona. ¿Una actitud de alivio, como si uno pensara: “Genial, no tenemos que preocuparnos por ir a misa”? ¿O es la tristeza de no poder estar con la asamblea de los creyentes en persona adorando a Dios en su casa, y así santificar el Día del Señor como la Iglesia nos imaginaría normalmente haciendo? Puedo decir que el sentimiento en este lado de la transmisión de la misa por internet, mirando a una gran iglesia llena de bancos vacíos, se siente muy triste. Pero hoy no hay lugar para la tristeza.

Conclusión

Cristo ha resucitado de la muerte, ha ganado para nosotros lo más esencial en la vida: el perdón de nuestros pecados y la vida eterna con él. La verdadera tristeza es la vieja levadura de la malicia, la maldad y el pecado, y nuestro Señor, con su triunfo sobre la muerte, ha puesto fin a eso. Sí, en la situación inmediata hay una cierta tristeza, ya que para la gran mayoría de los

católicos que se refugian en sus casas en respuesta a la actual pandemia significa la falta de acceso a la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia como estamos acostumbrados. Tal vez esto es algo que hemos dado por sentado con demasiada facilidad. Tal vez Dios está usando esto como una forma de renovar su Iglesia en el espíritu de los monjes, que son siempre las luces guía para todas las vocaciones en la Iglesia. Y si se sienten tristes (¡y no aliviados!), ánimo, porque es el primer signo de renovación: su deseo de estar con su Señor eucarístico es el signo de su actitud adecuada de adorarle con sinceridad y verdad.

El hogar es la iglesia doméstica, y ahora la iglesia doméstica se ha convertido en un monasterio doméstico. ¡Qué gracia nos ha dado Dios! Porque las virtudes monásticas y las virtudes domésticas coinciden: poner el culto a Jesucristo por encima de todo, y buscar formas de fomentar la unidad y la armonía en la propia comunidad, ya sea un monasterio o una casa. Deshacerse de la vieja levadura del mal y la maldad —el egoísmo, la avaricia, la autocomplacencia en cada deseo fugaz— y convertirse en el pan ácimo de la sinceridad y la verdad —la alegría en medio de la prueba, la generosidad y paciencia en medio del pánico— esta es la clave para la renovación de la vida de fe en el hogar, y para inculcar el sentido instintivo de reverencia por lo sagrado y la deferencia hacia el otro. Esta es también la clave para renovar la fe en la presencia real de nuestro Señor en la Eucaristía. Así es como se nos asegura que él sigue estando verdaderamente con nosotros, presente constantemente para nosotros, incluso —y especialmente— en este tiempo de angustia. Así es como mantenemos nuestra visión enfocada en lo esencial: la adoración a él, el conquistador de la muerte, con sinceridad y verdad, para que podamos vivir con él para siempre en el cielo.